ABEL SÁNCHEZ
UNA HISTORIA DE PASIÓN
Miguel de Unamuno

Al morir Joaquín Monegro encontróse entre sus papeles una especie de Memoria de la sombría pasión que le hubo devorado en vida. Entremézclanse en este relato fragmentos tomados de esa confesión —así la rotulé—, y que vienen a ser al modo de comentario que se hacía Joaquín a sí mismo de su propia dolencia. Esos fragmentos van entrecomillados. La Confesión iba dirigida a su hija:

PRÓLOGO A ESTA SEGUNDA EDICIÓN

Al corregir las pruebas de esta segunda edición de mi Abel Sánchez: Una historia de pasión —acaso estaría mejor: historia de una pasión— y corregirlas aquí, en el destierro fronterizo, a la vista pero fuera de mi dolorosa España, he sentido revivir en mí todas las congojas patrióticas de que quise librarme al escribir esta historia congojosa. Historia que no había querido volver a leer.

La primera edición de esta novela no tuvo en un principio, dentro de España, buen suceso. Perjudicada, sin duda, una lóbrega y tética portada alegórica que me empeñé en dibujar y colorear yo mismo; pero perjudicóle acaso más la tética lobreguez del relato mismo. El público no gusta que se llegue con el escalpeo a hediondas simas del alma humana y que se haga saltar puz.

Sin embargo, esta novela, traducida al italiano, al alemán y al holandés, obtuvo muy buen suceso en los países en que se piensa y siente en estas lenguas. Y empezó a tenerlo en los de nuestra lengua española. Sobre todo después que el joven crítico José A. Balseiro en el tomo II de El vigia le dedicó un agudo ensayo. De tal modo que se ha hecho precisa esta segunda edición.

Un joven norteamericano que prepara una tesis de doctorado sobre mi obra literaria me escribía hace poco preguntándome si saqué esta historia del Cain de brd Byron, y tuve que contestarle que yo no he sacado mis ficciones novelescas o nivolescas de libros, sino de la vida social que siento y sufre —y gozo— en torno mío y de mi propia vida. Todos los personajes que crea un autor, si los crea con vida; todas las criaturas de un poeta, aún las más contradictorias entre sí —y contradictorias en sí misma—, son hijas naturales y legítimas de su autor —¡feliz si autor de sus siglos!, son partes de él.

Al final de su vida atormentada, cuando se iba a morir, decía mi pobre Joaquín Monegro: «¿Por qué naci en tierra de odios? En tierra en que el precepto parece ser: “Oda a tu prójimo como a ti mismo.” Porque he vivido odiándome; porque aquí todos vivimos odiándonos. Pero... traed al niño.» y al volver a oírle a mi Joaquín esas palabras, por segunda vez y al cabo de los años —¡Y qué años!— que separan estas dos ediciones, he sentido todo el horror de la calentura de la lepra nacional española, y me he dicho: «Pero... traed al niño.» Porque aquí, en esta mi nativa tierra vasca —francesa o española es igual— a la que he vuelto de largo asiento después de treinta y cuatro años que salí de ella, estoy reviviendo mi niño. No hace tres meses escribía aquí:

Si pudiera recogerme del camino
y hacerme uno de entre tantos como he sido;
si pudiera al cabo darte, Señor mío,
el que en mi pusiste cuando yo era niño...!

Pero ¡qué trágica mi experiencia de la vida española! Salvador de Madariaga, comparando ingleses, franceses y españoles, dice que en el reparto de los vícios capitales de que todos padecemos, al inglés le tocó más hipocresía que a los otros dos, al francés más avaricia y al español más envidia. Y esta terrible envidia, phthonos de los griegos, pueblo democrático y más bien demagógico, como el español, ha sido el fermento de la vida social española. Lo supo acaso mejor que nadie Quevedo; lo supo fray Luis de León. Acaso la soberbia de Felipe II no fue más que envidia. «La envidia nació en Cataluña», me decía una vez Cambó en la plaza
Mayor de Salamanca. ¿Por qué no en España? Toda esa apestosa enemiga de los neutros, de los hombres de sus casas, contra los políticos, ¿qué es sino envidia? ¿De dónde nació la vieja Inquisición, hoy rediviva?

Y al fin la envidia que yo traté de mostrar en el alma de mi Joaquín Monegro es una envidia trágica, una envidia que se defiende, una envidia que podría llamarse angélica; pero, ¿y esa otra envidia hipócrita, solapada, abyecta, que está devorando a lo más indefenso del alma de nuestro pueblo?, ¿esa envidia colectiva?, ¿la envidia del auditorio que va al teatro a aplaudir las burlas a lo que es más exquisito o más profundo?

En estos años que separan las dos ediciones de esta mi historia de una pasión trágica -la más trágica acaso-, he sentido enconarse la lepra nacional y en estos cerca de cinco años que he tenido que vivir fuera de mi España he sentido cómo la vieja envidia tradicional -y tradicionalista- española, la castiza, la que agrió las gracias de Quevedo y las de Larra, ha llegado a constituir una especie de partidillo político, aunque, como todo lo vergonzante e hipócrita, desmedrado; he visto a la envidia constituir juntas defensivas, la he visto revolverse contra toda natural superioridad. Y ahora, al relee, por primera vez, mi Abel Sánchez para corregir las pruebas de esta su segunda -y espero que no última- edición, he sentido la grandeza de la pasión de mi Joaquín Monegro y cuán superior es, moralmente, a todos los Abeles. No es Caín lo malo; lo malo son los caínitas. y los abelitas.

Mas como no quiero hurgar en viejas tristezas, en tristezas de viejo régimen -no más tristes que las del llamado nuevo- termín de este prólogo escrito en el destierro, pero a la vista de mi España, diciendo con mi pobre Joaquín Monegro: «¡Pero... traed al niño!»

MIGUEL DE UNAMUNO.

En Hendaya. el 14 de julio de 1928.

I

No recordaban Abel Sánchez y Joaquín Monegro desde cuándo se conocían. Eran conocidos desde antes de la niñez, desde su primera infancia, pues sus dos sendas nodrizas se juntaban y los juntaban cuando aún ellos no sabían hablar. Aprendió cada uno de ellos a conocerse conociendo al otro. Y así vivieron y se hicieron juntos amigos desde nacimiento, casi más bien hermanos de crianza. En sus paseos, en sus juegos, en sus otras armitades comunes, parecía dominar e iniciar el todo Joaquín, el más voluntarioso; pero era Abel quien, pareciendo ceder, hacía la suya siempre. Y fue que le importaba más no obedecer que mandar. Casi nunca refunfuñaron. «¡Por mí como tú quieras!», le decía Abel a Joaquín, y este se exasperaba a las veces porque con aquel «¡como tú quieras!» esquivaba las disputas.

-¡Nunca me dices que no! -exclamaba Joaquín.
-¿Y para qué? -respondía el otro.
-¡Bueno, este no quiere que vayamos al Pinar! dijo una vez aquel, cuando varios compañeros se disponían a un paseo.
-¿Yo? ¡pues no he de quererlo...! -exclamó Abel-. Sí, hombre, sí; como tú quieras. ¡Vamos allá!
-¡No, como yo quiera, no! ¡Ya te he dicho otras veces que no! ¡Como yo quiera no! ¡Tú no quieres ir!
-¿Que sí, hombre...
-Pues entonces no lo quiero yo...
-¡Ni yo tampoco...
-¡Eso no vale -gritó ya Joaquín-. ¡O con él o conmigo! Y todos se fueron con Abel, dejándole a Joaquín solo. Al comentar este en sus Confesiones tal suceso de la infancia, escribía: «Ya desde entonces era él simpático, no sabía por qué, y antipático yo, sin que me alcanzara mejor la causa de ello, y me dejaban solo. Desde niño me aislaron mis amigos.»

Durante los estudios del bachillerato, que siguieron juntos, Joaquín era el empollón, el que iba a la caza de los premios, el primero en las aulas y el primero Abel era de ellas, en el patio del Instituto, en la calle, en el campo, en los novillos, entre los compañeros. Abel era el que hacía reír con sus graciosas y, sobre todo, obtenía triunfos de aplauso por las caricaturas que de los catedráticos hacía. «Joaquín es mucho más aplicado, pero Abel es más listo... si se pusiera a estudiar...» y este juicio común de los compañeros, sabido por Joaquín, no hacía sino envenenarle el corazón. Llegó a sentir la tentación de descuidar el estudio y tratar de vencer al otro en el otro campo, pero diciéndose: «¡Bah!, ¿qué saben
éllos…», siguió fiel a su propio natural. Además, por más que procuraba aventajar al otro en ingenio y donosura no lo conseguía. Sus chistes no eran reídos y pasaba por ser fundamentalmente serio. «Tú eres fúnebre -sólo decirle Federico Cuadra-, tus chistes son chistes de duelo.»

Concluyeron ambos el bachillerato. Abel se dedicó a ser artista siguiendo el estudio de la pintura y Joaquín se matriculó en la Facultad de Medicina. Veíanse con frecuencia y hablaban cada uno al otro de los progresos que en sus respectivos estudios hacían, empeñándose Joaquín en probarle a Abel que la Medicina era también un arte, y hasta una arte bella, en que cabía inspiración poética. Otras veces, en cambio, daba en menoscavar las bellas artes, enervadoras del espíritu, exaltando la ciencia, que es la que eleva, fortifica y ensancha el espíritu con la verdad.

«Pero es que la Medicina tampoco es ciencia -le decía Abel-. No es sino una arte, una práctica derivada de ciencias.

-¿No que yo no he de dedicarme al oficio de curar enfermos -replicaba Joaquín.
-Oficio muy honrado y muy útil... -añadió el otro.
-¡Sí, pero no para mí. Será todo lo honrado y todo lo útil que quieras, pero detesto esa honradez y esa utilidad. Para otros el hacer dinero tomando el pulso, mirando la lengua y recetando cualquier cosa. Yo aspiro a más.
-¿A más?
-Sí, yo aspiro a abrir nuevos caminos. Piensas dedicarme a la investigación científica. La gloria médica es de los que descubrieron el secreto de alguna enfermedad y no de los que aplicaron el descubrimiento con mayor o menor fortuna.

-Me gusta verte así, tan idealista.
-¿Pues qué, ¿crees que sólo vosotros, los artistas, los pintores, soñáis con la gloria?
-Hombre, nadie te ha dicho que yo sueñe con tal cosa...
-¿Que no?, ¿pues por qué, sino, te has dedicado a pintar?
-¿Porque si se acierta es oficio que promete...
-¿Qué promete?
-Vamos, sí, que da dinero.
-
-A otro perrito con ese hueso, Abel. Te conozco desde que nacimos casi. A mí no me la das. Te conozco.
-¿Y te pretendió nunca enañarte?
-¿No, pero tú engañas sin pretenderlo. Con ese aire de no importarte nada, de tomar la vida en juego, de dárselle un comino de todo, eres un terrible ambicioso... -¿Ambicioso yo?

-Sí, ambicioso de gloria, de fama, de renombre... Lo fuiste siempre, de nacimiento. Sólo que solapadamente.

-Pero ven acá, Joaquín, y dime: ¿te disputé nunca tus premios, ¿no fuiste tú siempre el primero en clase?, ¿el chico que promete?
-Sí, pero el gallito, el niño mimado de los compañeros, tú...
-¿Y qué iba yo a hacerle...?
-¿Me querrás hacer creer que no buscabas esa especie de popularidad...

-Haberla buscado tú...
-
-¿Yo?, ¿yo? ¡Desprecio a la masa!
-Bueno, bueno, déjame de esas tonterías y cúrate de ellas. Mejor será que me hables otra vez de tu novia.

-¿Novia?
-Bueno, de esa tu primita que quieres que lo sea.

-Porque Joaquín estaba queriendo forzar el corazón de su prima Helena y había puesto en su empeño amoroso todo el ahínco de su ánimo reconcentrado y suspicaz. Y sus desahogos, los inevitables y saludables desahogos de enamorado en lucha, eran con su amigo Abel.

-Y lo que Helena le hacía sufrir!

-¡Cada vez la entiendo menos -sólo decirle a Abel-. Esa muchacha es para mí una esfinge...-

-Ya sabes lo que decía Oscar Wilde, o quien fuese: que toda mujer es una esfinge sin secreto;

-Pues Helena parece tenerlo. Debe de querer a otro, aunque este no lo sepa: Estoy seguro de que quiere a otro.
-¿Y por qué?
-De otro modo no me explicó su actitud conmigo...

-Es decir, que porque no quiere quererte a ti... quererte para novio, que como primo sí te querrá.
-¡No te burles!
-Bueno, pues porque no quiere quererte para novio, o más claro, para marido,
¿tiene que estar enamorada de otro? ¡Bonita lógica!
-¡Yo me entiendo!
-Sí, y también yo te entiendo.
-¿Tú?
-¿No pretendes ser quien mejor me conoce? ¿Qué mucho, pues, que yo pretenda conocerte? Nos conocimos a un tiempo.
-Te digo que esa mujer me trae loco y me hará perder la paciencia. Está jugando conmigo. Si me hubiera dicho desde un principio que no, bien estaba, pero tenerte así, diciendo que lo verá, que lo pensará... ¡Esos cosas no se piensan... coqueta.
-¿Es que te está estudiando.
-¿Estudiándome a mí? ¿Ellas? ¿Qué tengo yo que estudiar? ¿Qué puede ella estudiar?
-¡Joaquín, Joaquín, te estás rebajando y la estás rebajando...! ¿O crees que no más verte y oírte y saber que la quieres y ya debía rendírsete?
-Sí, siempre he sido antipático...
-Vamos, hombre, no te pongas así...
-¡Es que esa mujer está jugando conmigo! Es que no es noble jugar así con un hombre, como yo, franco, leal, abierto... ¡Pero si vieras qué hermosa está! ¡Y cuánto más fría y más desdenosa se pone más hermosa! ¡Hay veces que no sé si la quiero o la aborrezco más...? ¿Quieres que te presente a ella...?
-Hombre, sí tú...
-Bueno, os presentaré.
-Y si ella quiere...
-¿Qué?
-Le haré un retrato.
-¡Hombre, sí!
Mas aquella noche durmió Joaquín mal riendo lo del retrato, pensando en que Abel Sánchez, el simpático sin proponérselo, el mimado del favor ajeno, iba a retratarle a Helena.
¿Qué saldría de allí? ¿Encontraría también Helena, como sus compañeros de ellos, más simpático a Abel? Pensó negarse a la presentación, mas como ya se la había prometido...

II

-¿Qué tal te pareció mi prima? ¿Le preguntaba Joaquín a Abel al día siguiente de habérsela presentado y propuesto a ella, a Helena, lo del retrato, que acogió alborozada de satisfacción.
-¿Hombre, ¿quieres la verdad?
-¿La verdad siempre, Abel; si nos dijéramos siempre la verdad, toda la verdad, esto sería el paraíso.
-Sí, y si se la dijera cada cual a sí mismo...
-¡Bueno, pues la verdad!
-¿La verdad es que tu prima y futura novia, acaso esposa, Helena me parece una pava real... es decir, un pavo real hembra... Ya me entiendes...
-Sí, te entiendo.
-Como no sé expresarme bien más que con el pincel...
-Y vas a pintar la pava real, o el pavo real hembra, haciendo la rueda acaso, con su cola llena de ojos, su cabecita...
-¡Para modelo, excelente! ¡Excelente, chico! ¡Qué ojos! ¡Qué boca! Esa boca carnosa ya la vez fruncida..., esos ojos que no miran... ¡Qué cuello! ¡Y sobre todo qué color de tez! Si no te incomodaras...
-¿Incomodarme yo?
-Te diré que tiene un color como de índia brava, o mejor, de fiera indómita. Hay algo, en el mejor sentido, de pantera en ella. Y todo ello friamente.
-¡Y tan friamente!
-Nada, chico, que espero hacerte un retrato estupendo.
-¿A mí? ¿Será a ella?
-No, el retrato será para ti, aunque de ella.
-¡No, eso no, el retrato será para ella!
-Bien, para los dos. Quién sabe... Acaso con él os una.
-Vamos, sí, que de retratista pasas a...
-A lo que quieras, Joaquín, a celestino, con tal de que dejes de sufrir así. Me duele verte de esa manera.
Empezaron las sesiones de pintura, reuniéndose los tres. Helena se posaba en su asiento solemne y fría, henchida de desdén, como una diosa llevada por el destino.
«¿Puedo hablar?», preguntó el primer día, y Abel le contestó: «Sí, puede usted hablar y moverse; para mí es mejor que hable y se mueva, porque así vive la fisonomía... Esto no es fotografía, y además no la quiero hecha estatua...» Y ella hablaba, hablaba, pero moviéndose poco y estudiando la postura. ¿Qué hablaba? Ellos no lo sabían. Porque uno y otro no hacían sino devorarla con los ojos; la veían, no la oían hablar.

Y ella hablaba, hablaba, por creer de buena educación no estarse callada, y hablaba zahiriendo a Joaquín cuanto podía.
-¿Qué tal vas de clientela, primito? -le preguntaba.
-¿Tanto te importa eso?
-¡Pues no ha de importarme, hombre, pues no ha de importarme...! Figurate...
-No, no me figuro.
-Interesándote tú tanto como por mí te interesas, no cumplo con menos que con interesarme yo por ti. Y, además, quién sabe...
-¿Quién sabe, qué
-Bueno, dejen eso -interrumpió Abel-; no hacen sino regañar.
-És lo natural -decía Helena- entre parientes... Y además, dicen que así se empeiza.
-¿Se empeiza, qué? -preguntó Joaquín.
-És tú lo sabrás, primo, que tú has empezado.
-¡Lo que vaya hacer es acabar!
-Hay varios modos de acabar, primo.
-Y varios de empezar.
-Si duda. ¿Qué me descompongo con este floreteo, Abel?
-No, no, todo lo contrario. Este floreteo, como le llama, le da más expresión a la mirada y al gesto. Pero...

A los dos días tuteábanse ya Abel y Helena; lo había querido así Joaquín, que al tercer día faltó a una sesión.
-¿A ver, a ver cómo va eso -dijo Helena levantándose para ir a ver el retrato.
-¿Qué te parece?
-És o no entiendo, y además no soy quien mejor puede saber si se me parece o no.
-¿Qué? ¿No tienes espejo? ¿No te has mirado a él?
-Sí, pero...
-¿Pero qué...?
-¿Qué sé yo...
-¿No te encuentras bastante guapa en este espejo?
-No seas adúlón.
-Bien, se lo preguntaremos a Joaquín.

-No me hables de él, por favor. ¡Qué pelma! - Pelma, se aplica a una persona pesada, fastidiosa o tonta.
-Pues de él he de hablarte.
~Entonces me marcho...
-No, y oye. Está muy mal lo que estás haciendo con ese chico.
-¡Ah! ¿Pero ahora vienes a abogar por él? ¿Es esto del retrato un achaque?
-Mira, Helena, no está bien que estés así, jugando con tu primo. Él es algo, vamos, algo...
-¡Sí, insorteable!
-No, él es reconcentrado, altivo por dentro, terco, lleno de sí mismo, pero es bueno, honrado a carta cabal, inteligente, le espera un brillante porvenir en su carrera, te quiere con delirio...
-¿Y sí a pesar de todo eso no le quiero yo?
-Pues debes entonces desengañarle.
-¡Y poco que le he desengañado! Estoy harta de decirle que me parece un buen chico, pero que por eso, porque me parece un buen chico, un excelente primo -y no quiero hacer un chiste-, por eso no le quiero para novio con lo que luego viene.
-Pues él dice...
-Si él te ha dicho otra cosa, no te ha dicho la verdad, Abel. ¿Es que voy a despedirle y prohibirle que me hable siendo como es mi primo? ¡Primo! ¡Qué gracia!
-No te burles así.
-Si es que no puedo...
-Y él sospecha más, y es que se empeña en creer que puesto que no quieres quererle a él, estás en secreto enamorada de otro...
-¿Eso te ha dicho?
-Sí, eso me ha dicho.
Helena se mordió los labios, se ruborizó y calló un momento.
-Sí, eso me ha dicho -repitió Abel, descansando la diestra sobre el tiento que apoyaba en el lienzo, y mirando fijamente a Helena, como queriendo adivinar el
sentido de algún rasgo de su cara.
- ¿Pues si se empeña...
- ¿Qué...?
  - ¿Que acabará por conseguir que me enamore de algún otro...
  Aquella tarde no pintó ya más Abel. Y salieron novios.

III

El éxito del retrato de Helena por Abel fue clamoroso. Siempre había alguien contemplándolo frente al escaparate en que fue expuesto. «Ya tenemos un gran pintor más», decían. Y ella, Helena, procuraba pasar junto al lugar en que su retrato se exponía para oír los comentarios y paseándose por las calles de la ciudad como un inmortal retrato viviente, como una obra de arte haciendo la rueda. ¿No había acaso nacido para eso?
  - ¿A qué has oído que nunca le dije a Abel- Ahora es cuando juega conmigo. ¡Me va a matar!
  - ¡Naturalmente! Se siente ya belleza profesional... .
  - ¡Sí, la has inmortalizado! ¡Otra Joconda!
  - Pero tú, como médico, puedes alargarle la vida...
  - O acortársela.
  - No te pongas así, trágico.
  - ¿Y qué voy a hacer, Abel, qué voy a hacer....?
  - Tener paciencia...
  - Además, me ha dicho cosas de donde he sacado que le has contado lo de que la creo enamorada de otro...
  - Fue por hacer tu causa...
  - Por hacértela causa... Abel, Abel, tú estás de acuerdo con ella..., vosotros me engañáis...

- ¿Engañarte? ¿En qué? ¿Te ha prometido algo?
- ¿Y a ti?
- ¿Es tu novia acaso?
- ¿Y es ya la tuya?
Calló se Abel, mudándosele la color.
- ¿Lo ves? -exclamó Joaquín, balbuciente y tembloroso-. ¡Lo ves?
- ¿El qué?
- ¿Y lo negarás ahora? ¿Tendrás cara para negármelo?
- Pues bien, Joaquín, somos amigos de antes de conocernos, casi hermanos...
- Y al hermano, puñalada trapera, ¿no es eso?
- No te sufres así; ten paciencia...
- ¿Paciencia? ¿Y qué es mi vida sino continua paciencia, continuo padecer?... Tú el simpático, tú el festoneado, tú el vencedor, tú el artista... Y yo...
Lágrimas que le revetaron en los ojos cortáronle la palabra.
- ¿Y qué iba a hacer, Joaquín, qué querías que hiciese....?
- ¡No haberla solicitado, pues que la quería yo...!
- Pero si ha sido ella, Joaquín, si ha sido ella...
- Claro, a ti, al artista, al afortunado, al favorito de la fortuna, a ti son ellas las que te solicitan. Ya la tienes pues...
- Me tiene ella, te digo.
- Sí, ya te tiene la pava real, la belleza profesional, la Joconda... Serás su pintor... La pintarás en todas posturas y en todas formas, a todas las luces, vestida y sin vestir....
- ¡Joaquín!
- Y así la inmortalizarás. Vivirá tanto como tus cuadros vivan. Es decir; vivirá, no!
Porque Helena no vive; durará. Durará como el mármol, de que es. Porque es de piedra, fría y dura, fría y dura como tú. ¡Montón de carne... !
- No te sufres, te he dicho.
- ¡Pues no he de sufurrarme, hombre, pues no he de sufurrarme! ¡Esto es una infamia, una canallada!
Sintióse abatido y calló, como si le faltaran palabras para la violencia de su pasión.
- Pero ven acá, hombre -le dijo Abel con su voz más dulce, que era la más terrible- y reflexiona. ¿Iba yo a hacer que te quisiese si ella no quiere quererte? Para novio no le eres...
- Sí, no soy simpático a nadie; nací condenado.
-Te juro, Joaquín...
-¡No jures!
-Te juro que si en mí solo consistiese, Helena sería tu novia, y mañana tu mujer. Si pudiese cederítele...
-¡Me la vendrías por un plato de lentejas, ¿no es eso?
-¡No, vendértela, no! Te la cedería gratis y gozaría en versos felices, pero...
-¡Sí, que ella no me quiere y te quiere a ti, ¿no es eso?
-¡Eso es!
-Que me rechaza a mí, que la buscaba, y te busca a ti, que la rechazabas.
-¡Eso! Aunque no lo creas; soy un seductor.
-¡Qué manera de darte postín! ¡Me das asco!
-¿Postín?
-¡Sí, ser así, seducido, es más que ser seductor. ¡Pobre víctima! Se pelean por ti las mujeres...
-¡No me saques de quicio, Joaquín...
-¿A ti? ¿Sacarte a ti de quicio? Te digo que esto es una canallada, una infamia, un crimen... ¡Hemos acabado para siempre!
Y luego, cambiando de tono, con lágrimas insondables en la voz:
-¡Ten compasión de mí, Abel, ten compasión. Ve que todos me miran de reojo, ve que todos son obstáculos para mí... Tu eres joven, afortunado, mimado; te sobran las mujeres... Dejame a Helena, mira que no sabré dirigirme a otra... Déjame a Helena...
-¡Pero si ya te la dejo...
-¡Haz que me oiga; haz que me conozca; haz que sepa que muero por ella, que sin ella no viviré...
-¡No la conozcos...
-¡Sí, os conozco! Pero, por Dios, júrame que no has de casarte con ella...
-¿Y quién ha hablado de casamiento?
-¡Ah, entonces es por darme celos nada más? Si ella no es más que una coqueta... peor que una coqueta, una...
-¡Cálate! -rugió Abel y fue tal el rugido, que Joaquín se quedó callado, mirándole.
-¡Es imposible, Joaquín; ¡contigo no se puede! ¡Eres imposible!
Y Abel marchóse.

«Pasé una noche horrible -dejó escrito en su Confesión Joaquín- volviéndome a un lado y otro de la cama, mordiendo a ratos la almohada, levantándome a beber agua del jarro del lavabo. Tuve fiebre. A ratos me amodorra en sueños acerbos. Pensaba matarles y urdi por mentalmente, como si se tratase de un drama o de una novela que iba componiendo, los detalles de mi sangrienta venganza, y tramaba diálogos con ellos. Parecía que Helena había querido afrontarme y nada más, que había enamorado a Abel por menosprecio a mí, pero que no podía, montar de carne al espejo, querer a nadie. Y la deseaba más que nunca y con más fuerza que nunca. En alguna de las interminables moradas de aquella noche me soñé poseyéndola y junto al cuerpo frío e inerte de Abel. Fue una tempestad de malos deseos, de cóleras, de apetitos suyos, de rabia. Con él el día y el cansancio de tanto sufrir volvióme la reflexión, comprendí que no tenía derecho alguno a Helena, pero empecé a odiar a Abel con toda mi alma y a proponerme a la vez ocultar ese odio, abonarlo, criarlo, cuidarlo en lo recóndito de las entrañas de mi alma. ¿Odo? Aún no quería darle su nombre, ni quería reconocer que naci, predestinado, con su masa y con su semilla. Aquella noche naci al infierno de mi vida.»

IV

-Helena -le decía Abel-, ieso de Joaquín me quita el sueño..., 
-¿El qué?
-Cuando le diga que vamos a casarnos no sé lo que va a ser. Y eso que parece ya tranquilo y como si se resignase a nuestras relaciones...
-¡Sí, bonito es él para resignarse!
-La verdad es que esto no estuvo del todo bien.
-¿Qué? ¿También tú? ¿Es que vamos a ser las mujeres como bestias, que se dan y prestan y alquilan y venden?
-No, pero...
-¿Pero qué?
-Que fue él quien me presentó a ti, para que te hiciera el retrato, y me aproveché...
-¡Y bien aproveché! ¿Estaba yo acaso comprometida con él? ¡Y aunque lo hubiese estado! Cada cual va a lo suyo.
-Sí, pero...
-¿Qué? ¿Te pesa? Pues por mí... Aunque sí aún me dejases ahora, ahora que estoy comprometida y todas saben que eres mi novio oficial y que me vas a pedir un día de estos, no por eso buscaría a Joaquín, ino! ¡Menos que nunca! Me sobrará sus pretendientes, así, como los dedos de las manos —y levantaba sus dos largas manos, de abusados dedos, aquellas manos que con tanto amor pintara Abel, y sacudía los dedos, como si revolotearan.

Abel le cogió las dos manos en las recias suyas, se las llevó a la boca y las besó alargadamente. Y luego en la boca...

-¡Estáte quieto, Abel!
-¡Tienes razón, Helena, no vamos a turbar nuestra felicidad pensando en lo que sienta y sufra por ella el pobre Joaquín...
-¿Pobre? ¡No es más que un envidioso!
-¿Pero hay envidias, Helena...
-¡Que se fasticie!
-Y después de una pausa llena de un negro silencio:
-¡Por supuesto, le convidaremos a la boda...
-¡Helena!
-¿Y qué mal hay en ello? Es mi primo, tu primer amigo, a él debemos el habernos conocido. Y si no le convidas tú, le convidaré yo. ¿Que no va? ¡Mejor! ¿Qué va? ¡Mejor que mejor!

V

Al anunciar Abel a Joaquín su casamiento, este dijo: «Así tenía que ser. Tal para cual.
-Pero bien comprendes...
-Sí, lo comprendo, ro me creas un demente o un furioso; lo comprendo, está bien, que séás felices... Yo no lo podré ser ya...
-Pero, Joaquín, por Dios, por lo que más quieras...
-Basta y no hablamos más de ello. Haz feliz a Helena y que ella te haga feliz... Os he perdonado ya...
-¿De veras?
-Sí, de veras. Quiero perdonaros. Me buscaré mi vida.
-Entonces me atrevo a convidarte a la boda, en mi nombre...
-Y en el de ella, ¿eh?
-Sí, en el de ella también.
-Lo comprendo. Iré a realizar vuestra dicha. Iré.

Como regalo de boda mandó Joaquín a Abel un par de magníficas pistolas damasquinadas, como para un artista.

-Son para que te pegues un tiro cuando te canses de mí -le dijo Helena a su futuro marido.
-¡Qué cosas tienes, mujer!
-¿Quién sabe sus intenciones... Se pasa la vida tramándolos...

«En los días que siguieron a aquel en que me dijo que se casaban -escribió en su Confesión Joaquín- sentí como si el alma toda se me helase. Y el hielo me apretaba el corazón. Eran como llamas de hielo. Me costaba respirar. El odio a Helena, y sobre todo, a Abel, porque era odio, odio frío cuyas raíces me llenaban el ánimo, se me había empereñado. No era una mala planta, era un tépano que se me había davao en el alma; era, más bien, mi alma toda congelada en aquel odio. Y un hielo tan cristalino, que lo veía todo a su través con una claridad perfecta. Me daba acabada cuenta de que razón, lo que se llama razón, eran ellos los que la tenían; que yo no podía alegar derecho alguno sobre ella; que no se debe ni se puede forzar el afecto de una mujer; que, pues se querían, debían unirse. Pero sentía también confusamente que fui yo quien les llevó no sólo a conocerse, sino a quererse, que fue por desprecio a mí por lo que se entendieron, que en la resolución de Helena entraba por mucho el hacerme rabiar y sufrir, el darme dentera, el rebajarme a Abel, y en la de este el soberano egoísmo que nunca le dejó sentir el sufrimiento ajeno. Ingenuamente, sencillamente no se daba cuenta de que existieran otros. Los demás éramos para él, a lo sumo, modos para sus cuadros. No sabía ni odiar; tan lleno de sí vivía.

»Fui a la boda con el alma escarchada de odio, el corazón garapiñado en hielo agrio pero sobrecogido de un mortal terror, temiendo que al oír el sí de ellos, el hielo se me resquebrajara y hendido el corazón quedase allí muerto o imbécil. Fui a ella como quien va a la muerte. Y lo que me ocurrió fue más mortal que la muerte misma; fue peor, mucho peor que morirse. Ojalá me hubiese entonces muerto allí.
"Ella estaba hermosísima. Cuando me saludó sentí que una espada de hielo, de hielo dentro del hielo de mi corazón, junto a la cual aún era tibio el mío, me lo atravesaba; era la sonrisa insolente de su compasión. ¡Gracias! me dijo, y entendí: ¡Pobre Joaquín! Él, Abel, él ni sé si me vio. "Comprendo tu sacrificio" «me dijo, por no callarse»— "No, no hay tal -le repliqué-; te dije que vendría y vengo; ya ves que soy razonable; no podías faltar a mi amigo de siempre, a mi hermano." Debió de parecerle interesante mi actitud, aunque poco pictórica. Yo era allí el convidado de piedra.

«Al acercarse el momento fatal yo contaba los segundos. ¡Dentro de poco, me decía- ha terminado para mí todo!» Creo que se me paró el corazón. Oí claros y distintos los dos, sí, el de él y el de ella. Ella me miró al pronunciarlo. Y quedé más frío que antes, sin un sobresalto, sin una palpitación, como si nada que me tocase hubiese oído. Y ello me llenó de infernal terror a mí mismo. Me sentí peor que un monstruo, me sentí como si no existiera, como si no fuese nada más que un pedazo de hielo, y esto para siempre. Llegué a palparme la carne, a Pellizcarme, a tomarme el pulso. "¿Pero estoy vivo? ¿Y soy yo?" —me dije.

«No quiero recordar todo lo que sucedió aquel día. Se despidieron de mí y fuéronse a su viaje de luna de miel. Yo me hundí en mis libros, en mí estudio, en mi clientela, que empezaba ya a tenerla. El despecho mental que me dio aquel golpe de lo ya irreparable, el descubrimiento de mí mismo de que no hay alma, moviéronme a buscar en el estudio, no ya consuelo -consuelo, ni lo necesitaba ni lo quería- sino apoyo para una ambición inmensa. Tenía que aplastar con la fama de mi nombre la fama, ya incipiente, de Abel; mis descubrimientos científicos, obra de arte, de verdadera poesía, tenían que hacer sombra a sus cuadros. Tenía que llegar a comprender un día Helena que era yo, el médico, el antipático, quien habría de darle aureola de gloria, y no él, no el pintor. Me hundí en el estudio. ¡Hasta llegué a creer que los olvidaría! ¡Quise hacer de la ciencia un narcótico y a la vez un estimulante!»

VI

Al poco de haber vuelto los novios de su viaje de luna de miel, cayó Abel enfermo de alguna gravedad y llamaron a Joaquín a que le viese y le asistiese.

«Estoy muy intranquila, Joaquín -le dijo Helena-; anoche no he hecho sino delirar, y en el delirio no hacía sino llamarle.»

Examinó Joaquín con todo cuidado y minucia a su amigo, y luego, mirando ojos a ojos a su prima, le dijo:

-¿La cosa es grave, pero creo que le salvaré. Yo soy quien no tiene salvación ya.
-¡Sí, salvamelo -exclamó ella-. Y ya sabes...
-¡Sí, lo sé todo! -y se salió.

Helena se fue al lecho de su marido, le puso una mano sobre la frente, que le ardía, y se puso a temblar. «¡Joaquín, Joaquín -deliraba Abel-, perdónanos, perdóname!»

-¡Calla -le dijo casi al oído Helena-, calla!; ha venido a verte y dice que te curará, que te sanará... Dice que te calles...
-¿Qué me curará...? -añadió maquinalmente el enfermo.

Joaquín llegó a su casa también febril, pero con una especie de fiebre de hielo. «¡Y si se muriera...!», pensaba. Echóse vestido sobre la cama y se puso a imaginar escenas de lo que acaecería si Abel se muriese: el luto de Helena, sus entrevistas con la viuda, el remordimiento de esta, el descubrimiento por parte de ella de quién era él, Joaquín, y de cómo, con qué violencia necesitaba el despique y la necesitaba a ella, y cómo caía al fin ella en sus brazos y reconocía que lo otro, la traición, no había sido sino una pesadilla, un mal sueño de coqueta; que siempre le había querido a él, a Joaquín y no a otro. «¡Pero no se morirá!, se dijo luego. «¡No dejaré yo que se muera, no debo dejarlo, está comprometido mi honor, y luego... necesito que viva!”

Y al decir esto: «incurso que viva!», temblaba toda el alma, como temblaba el follaje de una encina a la sacudida del huracán.

«Fueron unos días atroces aquellos de la enfermedad de Abel -escribía en su Confesión el otro-, unos días de tortura increíble. Estaba en mi mano dejarle morir, aún más, hacerle morir sin que nadie lo sospechase, si de ello quedase rastro alguno. He conocido en mi práctica profesional casos de extrañas muertes misteriosas que he podido ver luego iluminadas al trágico fulgor de sucesos posteriores, una nueva boda de la viuda y otros así. Luché entonces...
como no he luchado nunca conmigo mismo, con ese hiediendo dragón que me ha envenenado y entenebrecido la vida. Estaba allí comprometido mi honor de médico, mi honor de hombre, y estaba comprometida mi salud mental, mi razón. Comprendí que me agitaba bajo las garras de la locura; vi el espectro de la demencia haciendo sombra en mi corazón. Y vencí. Salvé a Abel de la muerte. Nunca he estado más feliz, más acertado. El exceso de mi infelicidad me hizo estar felíscismo de acierto.»

- Ya está fuera de todo cuidado tu... marido -le dijo un día Joaquín a Helena.
- Gracias, Joaquín, gracias; y le cogí la mano, que él se la dejó entre las suyas--; no sabes cuánto te debemos...
- Ni vosotros sabéis cuánto os debo...
- Por Dios, no seas así... ahora que tanto te debemos, no volvamos a eso...
- No, si no vuelvo a nada. Os debo mucho. Esta enfermedad de Abel me ha enseñado mucho, pero mucho...
- ¿Ah, le tomas como a un caso?
- ¡No, Helena, no; el caso soy yo!
- Pues no te entiendo.
- Ni yo del todo. Y te digo que estos días luchando por salvar a tu marido...
- Dí a Abel!
- Bien, sea; luchando por salvarle he estudiado con su enfermedad la mía y vuestra felicidad y he decidido... casarme!
- ¿Ah, pero tienes novia?
- No, no la tengo aún, pero la buscaré. Necesito un hogar. Buscaré mujer. ¿O crees tú, Helena, que no encontraré una mujer que me quiera?
- ¡Pues no la has de encontrar, hombre, pues no la has de encontrar...!
- Una mujer que me quiera, digo.
- ¡Sí, te he entendido, una mujer que te quiera, sí!
- Porque como partido...
- Sí, sin duda eres un buen partido... joven, no pobre, con una buena carrera, empezando a tener fama, bueno...
- Bueno... sí, y antipático, ¿no es eso?
- ¡No, hombre, no; tú no eres antipático!
- ¡Ay, Helena, Helena!, ¿cómo encontraré una mujer? ...
- ¿Que te quiera?
- No, sino que no me engañe, que me diga la verdad, que no se burle de mí, Helena, ¡que no se burle de mí...! Que se case conmigo por desesperación, porque yo la mantenga, pero que me lo diga...
- Bien ha dicho que estás enfermo, Joaquín. ¡Cásate!
- ¿Y crees, Helena, que hay alguien, hombre o mujer, que pueda quererme?
- No hay nadie que no pueda encontrar quien le quiera.
- ¿Y querré yo a mi mujer? ¿Podré quererla?, ¿díme?
- Hombre, pues no faltaba más...
- Porque mira, Helena, no es lo peor no ser querido, no poder ser querido; lo peor es no poder querer.
- Eso dice don Mateo, el párraro, del demonio, que no puede querer.
- Y el demonio anda por la tierra, Helena.
- Cállate y no me digas esas cosas.
- Es peor que me las diga a mí mismo.
- ¡Pues cállate!

VII

Dedicóse Joaquín, para salvarse, requiriendo amparo a su pasión, a buscar mujer, los brazos maternales de una esposa en que defenderse de aquel odio que sentía, un regazo en que esconder la cabeza, como un niño que siente terror al coco, para no ver los ojos infernales del dragón de hielo.

¡Aquella pobre Antonia!

Antonia había nacido para madre; era todo ternura, todo compasión. Adivinó en Joaquín, con divino instinto, un enfermo, un inválido del alma, un poseso, y sin saber de qué, enamoróse de su desgracia. Sentía un misterioso atractivo en las palabras frías y cortantes de aquel médico que no creía en la virtud ajena.

Antonia era la hija única de una viuda a que asistía Joaquín.

¿Cree usted que saldrá de esta? —le preguntaba a él.

-Lo veo difícil, muy difícil. Está la pobre muy trabajada, muy acabada; ha debido de sufrir mucho... Su corazón está muy débil...
- ¡Sálvemela usted, don Joaquín, sálvemela usted, por Dios! ¡Si pudiera daría mi
vida por la suya!
-¿No, eso no se puede. Y, además, ¿quién sabe? La vida de usted, Antonia, ha de hacer más falta que la suya...
-¿La mia? ¿Para qué? ¿Para quién?
-¡Qué sabe...!
Llegó la muerte de la pobre viuda.
-No ha podido ser, Antonia -dijo Joaquín-. ¡La ciencia es impotente!
-¡Sí, Dios lo ha querido!
-¿Dios?
-Ah -y los ojos bañados en lágrimas de Antonia clavaron su mirada en los de Joaquín, enjutos y acerados-. ¿Pero usted no cree en Dios?
-¿Yo ...? ¡No lo sé...!
A la pobre huérfera la compunción de piedad que entonces sintió por el médico aquel le hizo olvidar por un momento la muerte de su madre.
-Y si yo no creyera en Él, ¿qué haría ahora?
-La vida todo lo puede, Antonia.
-¡Puede más la muerte! Y ahora... tan sola... sin nadie...
-¡Eso sí, la soledad es terrible. Pero usted tiene el recuerdo de su santa madre, el vivir para encomendarla a Dios... ¡Hay otra soledad mucho más terrible!
-¿Cuál?
-La de aquel a quien todos menosprecian, de quien todos se burlan... La del que no encuentra quien le diga la verdad...
-¿Y qué verdad quiere usted que se le diga?
-¿Me la dirá usted, ahora, aquí, sobre el cuerpo aún tibio de su madre? ¿Jura usted decidirme?
-Sí, se la diré.
-Bien, yo soy un antipático, ¿no es así?
-¡No, no es así!  
-La verdad, Antonia...
-¡No, no es así!
-Pues ¿qué soy...?
-¿Usted? Usted es un desgraciado, un hombre que sufre...
Derritiésele a Joaquín el hielo y asomáronsele unas lagrimas a los ojos. Y volvió a temblar hasta las raíces del alma.
Poco después Joaquín y la huérfera formalizaban sus relaciones, dispuestos a casarse luego que pasase el año de luto de ella.
«Pobre mi mujercita -escribía, años después, Joaquín en su Confesión- empeñada en quererme y en curarme, en vencer la repugnancia que sin duda yo debía de inspirarle. Nunca me lo dijo, nunca me lo dio a entender, pero ¿podía no inspirarme yo repugnancia, sobre todo cuando descubrí la lepra de mi alma, la gangrena de mis odio? Se casó conmigo como se habría casado con un leproso, no me cabe duda de ello, por divina piedad, por espíritu de abnegación y de sacrificio cristianos, para salvar mi alma y así salvar la suya, por heroísmo de santidad. ¡fue una santa! ¡Pero no me curó de Helena; no me curo de Abel! Su santidad fue para mí un remordimiento más.
-Su mansedumbre me irritaba. Había veces en que ¡Dios me perdone!, la habría querido mala, colérica, despreciativa.»

VIII

En tanto la gloria artística de Abel seguía creciendo y confirmándose. Era ya uno de los pintores de más norbridad de la nación toda, y su renombre empezaba a traspasar las fronteras. Y esa fama creciente era como una granizada desoladora en el alma de Joaquín. «Sí, es un pintor muy científico; domina la técnica; sabe mucho, mucho; es hablísimo» -decía de su amigo, con palabras que silaban. Era un modo de fingir exaltarle despreciándole:
Porque él, Joaquín, presumía ser un artista, un verdadero poeta en su profesión, un clínico genial, creador, intuitivo, y seguía soñando con dejar su clientela para dedicar a la ciencia pura, a la patología teórica, a la investigación. ¡Pero ganaba tanto...!
«No era, sin embargo, la ganancia -dice en su Confesión póstuma- lo que más me impedia dedicarme a la investigación científica. Tirábase a esta por un lado el deseo de adquirir fama y renombre, de hacerme una gran reputación científica y asombrar con ella la artística de Abel, de castigar así a Helena, de vengarme de ellos, de ellos y de todos los demás, y aquí encadenaba los más
locos de mis ensueños, mas por otra parte, esa misma pasión fangosa, el exceso de mi despecho y mi odio me quitaban serenidad de espíritu. No, no tenía el ánimo para el estudio, que lo requiere limpio y tranquilo. La clientela me distraía.

»La clientela me distraía, pero a veces temblaba pensando que el estado de distracción en que mi pasión me tenia preso me impidiera prestar el debido cuidado a dolencias de mis pobres enfermos.

»Ocurrióme un caso que me sacudió las entrañas. Asistí a una pobre señora, enferma de algún riesgo, pero caso desesperado, a la que él había hecho un retrato, retrato magnífico, uno de sus mejores retratos, de los que han quedado como definitivos de entre los que ha pintado, y aquel retrato era lo primero que se me venía a los ojos y al odio así que entraba en la casa de la enferma. Estaba viva en el retrato, más viva que en el lecho de carnes y huesos sufridos. Y el retrato parecía decirme "¡Mira, él me ha dado vida para siempre!, a ver si tú me alargas esta otra de aquí abajo." Y junto a la pobre enferma, auscultándola, tomándole el pulso, no veía sino otra, a la retratada. Estuve torpe, torpísimo, y la pobre enferma se murió; la dejé morir más bien, por mi torpeza, por mi criminal distracción. Sentí horror de mismo, de mi miseria.

»A los pocos días de muerta la señora aquella, tuve que ir a su casa, a ver allí otro enfermo, y entré dispuesto a mirar el retrato. Pero era inútil, porque era el, el retrato que me miraba aunque yo no le mirase y me atraía la mirada. Al despéridime me acompañó hasta la puerta viúvo. Nos detuvimos al pie del retrato, y yo, como empujado por una fuerza irresistible y fatal, exclamé:

»¡Magnífico retrato! ¡Es de lo mejor que ha hecho Abel!

»Sí, me contestó el viudo», es el mayor consuelo que me queda. Me paso largas horas contemplándola. Parece como que me habla.

»¡Sí, sí, ¡añadi! este Abel es un artista estupendo! »Y al salir me decía: "¡Yo la dejé morir y él la resucita!"

Sufrió Joaquín mucho cada vez que se le moría alguno de sus enfermos, sobre todo los niños, pero la muerte de otros le tenia sin grave cuidado. "¿Para qué querrá vivir? - decía de algunos- hasta le haría un favor dejándole morir..."

Sus facultades de observador psicólogo habíansele aguzado con su pasión de ánimo y adivinaba al punto las más ocultas lacerias morales. Percatándose en seguida, bajo el embuste de las convenciones, de qué maridos preveían sin pena, cuando no deseaban, la muerte de sus mujeres y qué mujeres ansiasan verse libres de sus maridos, acaso para tomar otros de antemano escogidos ya. Cuando al año de la muerte de su cliente Álvarez, la viuda se casó con Menéndez, amigo íntimo del difunto, Joaquín se dijo: "Sí que fue rara aquella muerte... Ahora me la explico... ¡La humanidad es lo más cochino que hay, y la tal señora, dama caritativa, una de las señoras de lo más honrado...!"

-Doctor -le decía una vez uno de sus enfermos-, mátame usted, por Dios, mátame usted sin decirmelo nada, que ya no puedo más... Deme algo que me haga dormir para siempre...

«¿Y por qué no había de hacerlo que este hombre quiere - se decía Joaquín - si no vive más que para sufrir? ¡Me da pena! ¡Cochino mundo!»

Y eran sus enfermos para él no pocas veces espejos. Un día le llegó una pobre mujer de la vecindad, gastada por los años y los trabajos, cuyo marido, en los veinticinco años de matrimonio se había enredado con una pobre aventurera. Iba a contarle sus cuitas la mujer desdeñada.

-¡Ay, don Joaquín! -le decía-, usted, que dices que sabe tanto, a ver si me da un remedio para que le cure a mi pobre marido del bebedizo que le ha dado esa pelona.

-¿Pero qué bebedizo, mujer de Dios?

-Se va a ir a vivir con ella, dejándome a mí, al cabo de veinticinco años...

-Más extraño es que la hubiese dejado de recién casados, cuando usted era joven y acaso...

-¡Ah, no, señor, no! Es que le ha dado un bebedizo trastornándole el seso, porque si no, no podría ser... No podría ser...

-Bebedizo... bebedizo... -murmuró Joaquín.

-Si, don Joaquín, sí, un bebedizo... Y usted, que sabe tanto, déme un remedio para él.

-¡Ay, buena mujer!, ya los antiguos trabajaron en balde para encontrar un agua que los rejuveneciese...

Y cuando la pobre mujer se fue desolada, Joaquín se decía: «Pero ¿no se mirará al espejo esta desdichada? ¿No verá el estrago de los años de rudo trabajo? Estas gentes del pueblo todo lo atribuyen a bebedizos o a envidias... ¿Que no encuentran
Casóse Joaquín con Antonia buscando en ella un amparo, y la pobre adivinó desde luego su menester, el oficio que hacía en el corazón de su marido y cómo le era un escudo y un posible consuelo. Tomaba por marido a un enfermo, acaso a un inválido incurable, del alma; su misión era la de una enfermera. Y le aceptó llena de compasión, llena de amor a la desgracia de quien así unía su vida a la de ella.

Sentía Antonia que entre ella y su Joaquín había como un muro invisible, una cristalina y transparente muralla de hielo. Aquel hombre no podía ser de su mujer, porque no era de sí mismo, dueño de sí, sino a la vez un enajenado y un poseído. En los más íntimos trasportes de trato conyugal, una invisible sombra fatídica se interponía entre ellos. Los besos de su marido parecíanle besos robados, cuando no de rabia.

Joaquín evitaba hablar de su prima Helena delante de su mujer, y esta, que se percató de ello al punto, no hacía sino sacarla a colación a cada paso en sus conversaciones.

Esto en un principio, que más adelante evitó mentarla.

Llamaronle un día a Joaquín a casa de Abel, como a médico, y se enteró de que Helena llevaba ya en sus entrañas fruto de su marido, mientras que su mujer, Antonia, no ofrecía aún muestra alguna de ello. Y al pobre asaltó una tentación vergonzosa, de que se sentía abochornado, y era la de un diablo que le decía: «¿Sí? ¿Hasta es más hombre que tú? El, el que con su arte resucita e inmortaliza a los que tú dejas morir por tu torpeza, él tendrá pronto un hijo, traerá un nuevo viviente, obra suya de carne y sangre y hueso al mundo, mientras tú... Tú acaso no seas capaz de ello... ¿Es más hombre que tú?»

Entró mustio y sombrío en el puerto de su hogar.

-¡Vienes de casa de Abel, ¿no? -le preguntó mujer.
-¡Sí. ¿En qué lo has conocido?
-¡En tu cara. Esa casa es tu tormento. No debías ir a ella...
-¿Y qué voy a hacer?
-¡Excusarte! Lo primero es tu salud y tu tranquilidad...
-Aprensiones tuyas...
-¡No, Joaquín, no quieras ocultármelo... y no puedo continuar, porque las lágrimas me ahogaron la voz.

Sentóse la pobre Antonia. Los sollozos se le arrancaban de cuajo.

-¡Pero ¿qué te pasa, mujer, qué es eso...?
-¡Dime tú lo que a ti te pasa, Joaquín, confíamelo todo, confiésate conmigo...
-¡No tengo nada de qué acusarme...
-¡Vamos, ¿me dirás la verdad, Joaquín, la verdad? El hombre vaciló un momento, pareciendo luchar un enemigo invisible, con el diablo de su guarda, y con arrancada de una resolución súbita, desesperada, gritó casi:
-¡Sí, te diré la verdad, toda la verdad!
-¡Tú quieres a Helena; tú estás enamorado todavía de Helena.
-¡No, no lo estoy! ¡No lo estoy! ¡Yo estuve; pero no lo estoy ya, no!
-¿Pues entonces?...
-¿Entonces, qué?
-¿A qué esa tortura en que vives? Porque esa casa, la casa de Helena, es la fuente de tu malhumor, esa casa es la que no te deja vivir en paz, es Helena...
-¡Helena no! ¡Es Abel!
-¿Tienes celos de Abel?
-¡Sí, tengo celos de Abel; le odio, le odio, le odio -y cerraba la boca y los puños al decirlo, pronunciándolo entre dientes.
-Tienes celos de Abel... Luego quieres a Helena.
-¡No, no quiero a Helena. Si fuese de otro no tendría celos de ese otro. No, no quiero a Helena, la desprecio, desprecio a la pava real esa, a la belleza profesional, a la modelo del pintor de moda, a la querida de Abel...
-¡Por Dios, Joaquín, por Dios!...
-¡Sí, a su querida... ¡legítima. ¿Es que crees que la bendición de un cura cambia un arrimo en matrimonio?"
-Mira, Joaquín, que estamos casados como ellos...
-¡Como ellos, no, Antonia, como ellos, no! Ellos se casaron por rebajarme, por humillarme, por denigrarme; ellos se casaron para burlarse de mí; ellos se casaron contra mí.

Y el pobre hombre rompió en unos sollozos que le ahogaban el pecho, cortándole el respiró. Se creía morir.

-Antonia... Antonia... -suspiró con un hilito de voz apagada.
-¡Pobre hijo mío! -exclamó ella abrazándole.

Y le tomó en su regazo como a un niño enfermo, acariciándole. Y le decía:

-Cálmate, mi Joaquín, cálmate... Estoy aquí yo, tu mujer, toda tuya y sólo tuya. Y ahora que sé del todo tu secreto, soy más tuya que antes y te quiero más que nunca... Olvídaleos... despéricalos... Habría sido peor que una mujer así te hubiese querido...

-Sí, pero él, Antonia, él...

-¡Olvídale!

-No puedo olvidarlo... me persigue... su fama, su gloria me sigue a todas partes...

-¡Trabaja tú y tendrás fama y gloria, porque no vales menos que él. Deja la clientela, que no la necesitamos, vámonos de aquí a Renada, a la casa que fue de mis padres, y allí dedícame a lo que más te guste, a la ciencia, a hacer descubrimientos de esos y que se hable de ti... Yo te ayudaré en lo que pueda... Yo haré que no te distraigan... y serás más que él...

-No puedo, Antonia, no puedo; sus éxitos me quitan el sueño y no me dejarían trabajar en paz... la visión de sus cuadros maravillosos se pondría entre mis ojos y el microscopio y no me dejaría ver lo que otros no han visto aún por él... No puedo... no puedo...

Y bajando la voz como un niño, casi balbuciando como atontado por la caída en la sima de su abyección, sollozó diciendo:

-Y van a tener un hijo, Antonia...

-¡También nosotros le tendremos -le suspiró ella al oído, envolviéndolo en un beso-, no me lo negará la Santísima Virgen, a quien se lo pido todos los días... Y el agua bendita de Lourdes...

-¿También tú crees en bebedizos, Antonia?

-¡Creo en Dios!

-¡Creo en Dios! -se repitió Joaquín el verso solo; solo con el otro; - ¿y qué es creer en Dios? ¿Dónde está Dios? ¡Tendré que buscarle!"
-No, leyendo la Biblia y comentarios a ella.
-Bien dicho yo que tú eres un pintor científico...
-Y tú un médico artista, ¿no es eso?
-¡Peor que un pintor científico... literato! ¡Cuida de no hacer con el pincel literatura!
-Gracias por el consejo.
-¿Y cuál va a ser el asunto de tu cuadro?
-La muerte de Abel por Caín, el primer fratricidio.
Joaquín palideció aún más, y mirando fijamente a su primer amigo, le preguntó a media voz:
-¿Y cómo se ha ocurrido eso?
-Muy sencillo -contestó Abel sin haberse percatado del ánimo de su amigo-; es la sugestión del nombre. Como me llamo Abel... Dos estudios de desnudo...
-¡Sí, desnudo del cuerpo...
-Y aun del alma...
-¿Pero piensas pintar sus almas?
-¡Claro está! El alma de Caín, de la envidia, y el alma de Abel...
-¿El alma de qué?
-En eso estoy ahora. No aciero a dar con la expresión, con el alma de Abel. Porque quiero pintarle antes de morir, derribado en tierra y herido de muerte por su hermano. Aquí tengo el Génesis y el Caín de lord Byron; ¿lo conoces?
-No, no conozco el Caín de lord Byron. ¿Y qué has sacado de la Biblia?
-Poca cosa... Verás -y tomando un libro, leyó: «Y conoció Adán a su mujer Eva, la cual concibió y parió a Caín y dijo: He adquirido varón por Jehová. Y después parió a su hermano Abel y fue Abel pastor de ovejas, y Caín fue labrador de la tierra. Y aconteció, andando el tiempo, que Caín trajo del fruto de la tierra una ofrenda a Jehová y Abel trajo de los primogénitos de sus ovejas y de su grosura. Y miró Jehová con agrado a Abel y a su ofrenda, mas no miró propicio a Caín y a la ofrenda suya...»
-¡Y eso, ¿por qué?... -interrumpió Joaquín. ¿Por qué miró Dios con agrado la ofrenda de Abel y con desdén la de Caín?
-No lo explica aquí...
-¿Y no lo te lo has preguntado tú antes de ponerte a pintar tu cuadro?
-Aún no... Acaso porque Dios veía ya en Caín el futuro matador de su hermano... al envidioso...
-Entonces es que le había hecho envidioso, es que le había dado un bebedizo. Sigue leyendo.
-«Y ensañóse Caín en gran manera y decayó su semblante. Y entonces Jehová dijo a Caín: ¿Por qué te has ensañado?, ¿Y por qué se ha demudado tu rostro? Sí bien hicieres, ¿no serás ensalzado?, y si no hicieres bien el pecado está a tu puerta. Ahí está que te desea, pero tú le dominarás...»
-Y le venció el pecado «interrumpió Joaquín», porque Dios le había dejado de su mano. ¡Sigue!
-«Y habló Caín a su hermano Abel, y aconteció que estando ellos en el campo, Caín se levantó contra su hermano Abel y le mató. Y Jehová dijo a Caín...»
-¡Basta! No leas más. No me interesa lo que Jehová dijo a Caín luego que la cosa no tenía ya remedio.
Apo y Joaquín los codos en la mesa, la cara entre las palmas de la mano, y clavando una mirada helada y punzante en la mirada de Abel, sin saber de qué alarmado, le dijo:
-¿No has oído nunca una especie de broma que gastan con los niños que aprenden de memoria la Historia Sagrada cuando les preguntan: «¿Quién mató a Caín?»
-¡No!
-Pues sí, les preguntan eso y los niños, confundiéndose, suelen decir: «Su hermano Abel.»
-No sabía eso.
-Pues ahora lo sabes. Y dime tú, que vas a pintar esa escena bíblica... ¡y tan bíblica!, ¿no te ha ocurrido pensar que si Caín no mata a Abel habría sido este el que habría acabado matando a su hermano?
-¿Y cómo se te puede ocurrir eso?
-Las ovejas de Abel eran adeptas a Dios, y Abel, el pastor, hallaba gracia a los ojos del Señor, pero los frutos de la tierra de Caín, del labrador, no gustaban a Dios ni tenía para Él gracia Caín. El agraciado, el favorito de Dios era Abel... el desgraciado, Caín...
-¿Y qué culpa tenía Abel de eso?
-¡Ah! pero ¿tú crees que los afortunados, los agraciados, los favoritos, no tienen culpa de ello? La tienen de no ocultar y ocultar como una vergüenza, que lo es, todo favor gratuito, todo privilegio no ganado por propios méritos, de no ocultar esa gracia en vez de hacer ostentación de ella. Porque no me cabe duda de que Abel restregaría a los hocicos de Caín su gracia, le azuzaría con el humo de sus ovejas sacrificadas a Dios. Los que se creen justos suelen ser unos arrogantes que van a deprimir a los otros con la ostentación de su justicia. Ya dijo quien lo dijera que no hay canalla mayor que las personas honradas...
-¿Y tú sabes -le preguntó Abel sobrecogido por la gravedad de la conversación- que Abel se jactara de su gracia?
-No me cabe duda, ni de que no tuvo respeto a su hermano mayor, ni pidió al Señor gracia también para él. Y sé más, y es que los abelitas han inventado el infierno para los caníbales porque si no su gloria les resultaría insípida. Su goce está en ver, libres de padecimiento, padecer a los otros...
-¡Ay, Joaquín, Joaquín, qué malo estás!
-¡Sí, nadie es médico de sí mismo. Y ahora dame ese Caín de lord Byron, que quiero leerlo.
-iTómalo!
-Y dime, ¿no te inspira tu mujer algo para ese cuadro?, ¿no te da alguna idea?
-¿Mi mujer? En esta tragedia no hubo mujer.
-En toda tragedia la hay, Abel.
-¿Sería acaso Eva...
-Acaso... La que les dio la misma leche; el bebedizo...

XII

Leyó Joaquín el Caín de lord Byron. Y en su Confesión escribía más tarde:
«Fue terrible el efecto que la lectura de aquel libro me hizo. Sentí la necesidad de desahogarme y tomé unas notas que aún conservo y las tengo ahora aquí, presentes. Pero ¿fue sólo por desahogarme? No; fue con el propósito de aprovecharlas algún día pensando que podrían servirme de materiales para una obra genial. La vanidad nos consume. Hacemos espectáculo de nuestras más íntimas y asquerosas dolencias. Me figuro que habrá quien desee tener un tumor pestífero como no le ha tenido antes ninguno para hombrecarse con él. ¿Esta misma Confesión no es algo más que un desahogo?
He pensado alguna vez romperla para librarme de ella. Pero ¿me libraría? ¡No!
Vale más darse un espectáculo que consumirse. Y al fin y al cabo no es más que espectáculo la vida.
»La lectura del Caín de lord Byron me entró hasta lo más íntimo. ¡Con qué razón culpaba Caín a sus padres de que hubieran cogido de los frutos del árbol de la ciencia en vez de coger de los del árbol de la vida! A mí, por lo menos, la ciencia no ha hecho más que exacerbarme la herida.
»¡Ojalá nunca hubiera vivido! -digo con aquel Caín-. ¿Por qué me hicieron? ¿Por qué he de vivir? Y lo que no me explico es cómo Caín no se decidió por el suicidio. Habría sido el más noble comienzo de la historia humana. Pero ¿por qué no se suicidaron Adán y Eva después de la caída y antes de haber dado hijos? ¡Ah, es que entonces Jehová habría hecho otros iguales y otro Caín y otro Abel! ¿No se repetirá esta misma tragedia en otros mundos, allá por las estrellitas? Acaso la tragedia tiene otras representaciones, sin que baste el estreno de la tierra. Pero ¿fue estreno?
»Cuando leí cómo Luzbel le declaraba a Caín cómo era este, Caín, inmortal, es cuando empecé con terror a pensar si yo también seré inmortal y si será inmortal en mi mi odio. "¿Tendré alma -me dije entonces-, será este mi odio alma?", y llegué a pensar que no podría ser de otro modo, que no puede ser función de un cuerpo un odio así. Lo que no había encontrado con el escalpelo en otros lo encontré en mí. Un organismo corruptible no podía odiar como yo odiaba. Luzbel aspiraba a ser Dios, yo, desde muy niño, ¿no aspiré a anular a los demás? ¿Y cómo podía ser yo tan desgraciado si no me hizo tal el creador de la desgracia?
»Nada le costaba a Abel criar sus ovejas, como nada le costaba, a él, al otro, hacer sus cuadros; pero ¿a mí?, a mí me costaba mucho diagnosticar las dolencias de mis enfermos.
»Quéjábase Caín de que Adah, su propia querida Adah su mujer y hermana, no comprendiera el espíritu que a él le abrumaba. Pero si, sí, mi Adah, mi pobre Adah comprendía mi espíritu. Es que era cristiana. Mas tampoco yo encontré algo que